

El Curro



El Curro



El Curro

Leticia Ramírez Amaya
Secretaría de Educación Pública

Gabriel Cámara y Cervera
Director General del Consejo Nacional de Fomento Educativo

Edición
Consejo Nacional de Fomento Educativo

Versión escrita
Catalina Fernández Mata

Ilustración
Liliana Infante

Diseño
Mayela Crisóstomo Alcántara

Primera edición: 2000
Onceava reimpresión: 2022

D.R.© Consejo Nacional de Fomento Educativo
Av. Universidad 1200,
col. Xoco, alc. Benito Juárez,
C.P. 03330, Ciudad de México
www.gob.mx/conafe

Impreso en México
ISBN 978- 970-18-3742-9

La historia que dio motivo a este libro fue presentada por Héctor Saúl Santana Enríquez en la convocatoria Vientos de Historia, realizada en Chihuahua.

El Curro



Versión escrita de Catalina Fernández Mata
Ilustraciones de Liliana Infante





Yo soy Manuel Cano y este es mi pueblo, Santo Domingo, uno de tantos pueblos mineros que tiene Chihuahua. Como cualquier otro, que tal vez conozcan, tiene su iglesia, su presidencia municipal, unos arcos y bajo ellos algunas tiendas; una de ellas, la primera que se fundó en el pueblo, es la mía.

La verdad yo no nací en Santo Domingo,
pero después de casi setenta años de vivir
aquí, me he ganado el derecho de
llamarlo mi pueblo.

Hace mucho que no le contaba a
nadie la forma en que llegué aquí
y lo que pasó durante ese primer
año que cambió mi vida, pero
la semana pasada, mientras
leía el periódico sentado
en una banca de la plaza,
pasó frente a mí un joven
que recorría el jardín.
Lo saludé, según
se acostumbra
en estos rumbos,
me contestó
amablemente
y siguió de largo.

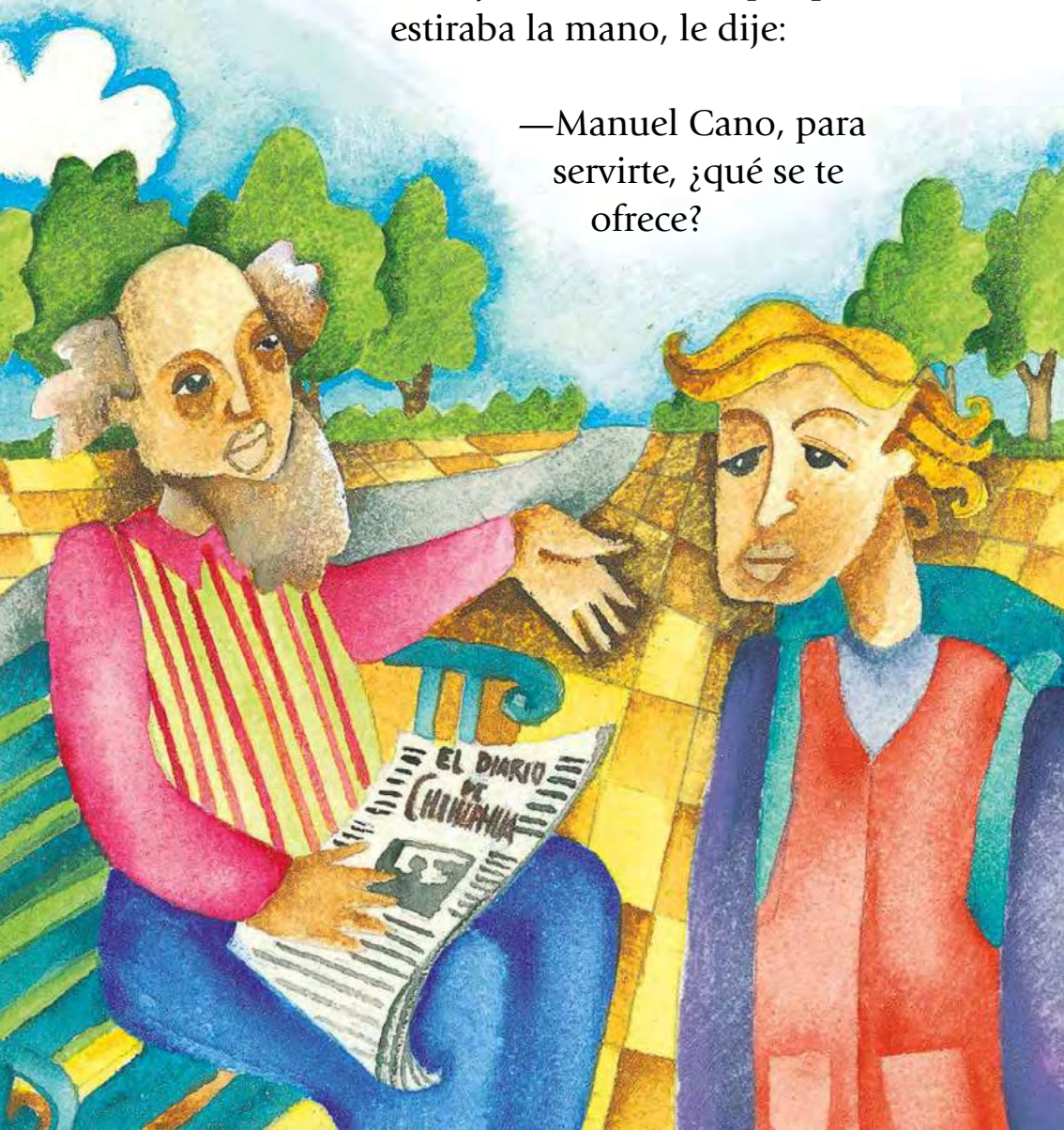
Había caminado unos
cuantos pasos cuando,
como arrepintiéndose,
regresó y se presentó:



—Buenos días, soy Alfredo Morín, estoy de visita y me preguntaba si usted me puede ayudar.

Lo miré y, al mismo tiempo que estiraba la mano, le dije:

—Manuel Cano, para servirte, ¿qué se te ofrece?



—Me dijeron que aquí hay minas abandonadas, ¿usted las conoce?
—respondió.

Yo soy muy platicador; solo necesito un pretexto para empezar a hablar y ya lo tenía. Comencé platicándole sobre la importancia de las riquezas obtenidas de las minas. Es más, le aseguré que la ciudad de Chihuahua se fundó gracias al mineral extraído de ellas. Con un suspiro agregué que ahora, en Santo Domingo, muy pocas minas se encuentran activas y creo que ninguna produce oro ni plata; la mayoría fueron abandonadas y en vez de oírse el murmullo de los hombres trabajando en el interior, lo único que se escucha es el chillido de sus habitantes: los murciélagos, que todas las noches salen a pasear por los alrededores.

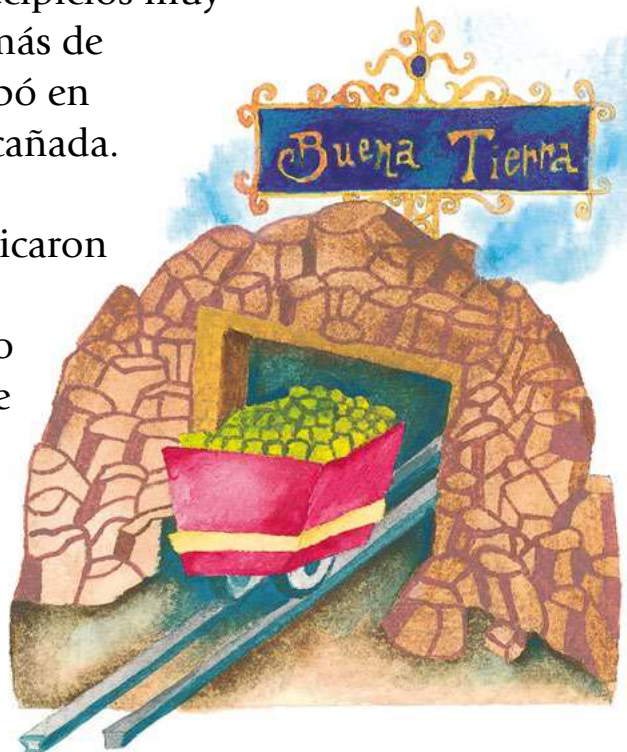
También le comenté que las minas más cercanas al pueblo son las de la ruta llamada Línea Castilla, y le expliqué que

esa ruta es un camino que pasa por la entrada de varias minas desde la Buena Tierra, la más cercana al pueblo, hasta la Mina Vieja, la más alejada. Que antes se podía ver transitar muchos camiones cargados de mineral saliendo camino a la fundición de Ávalos, y terminé:

—Los choferes tenían que ser muy valientes, pues la polvorosa carretera bordea barrancos y precipicios muy empinados, y más de un camión acabó en el fondo de la cañada.

—Algo me platicaron sobre la Línea Castilla; incluso me contaron de un aparecido, ¿usted conoce alguno de esos cuentos?

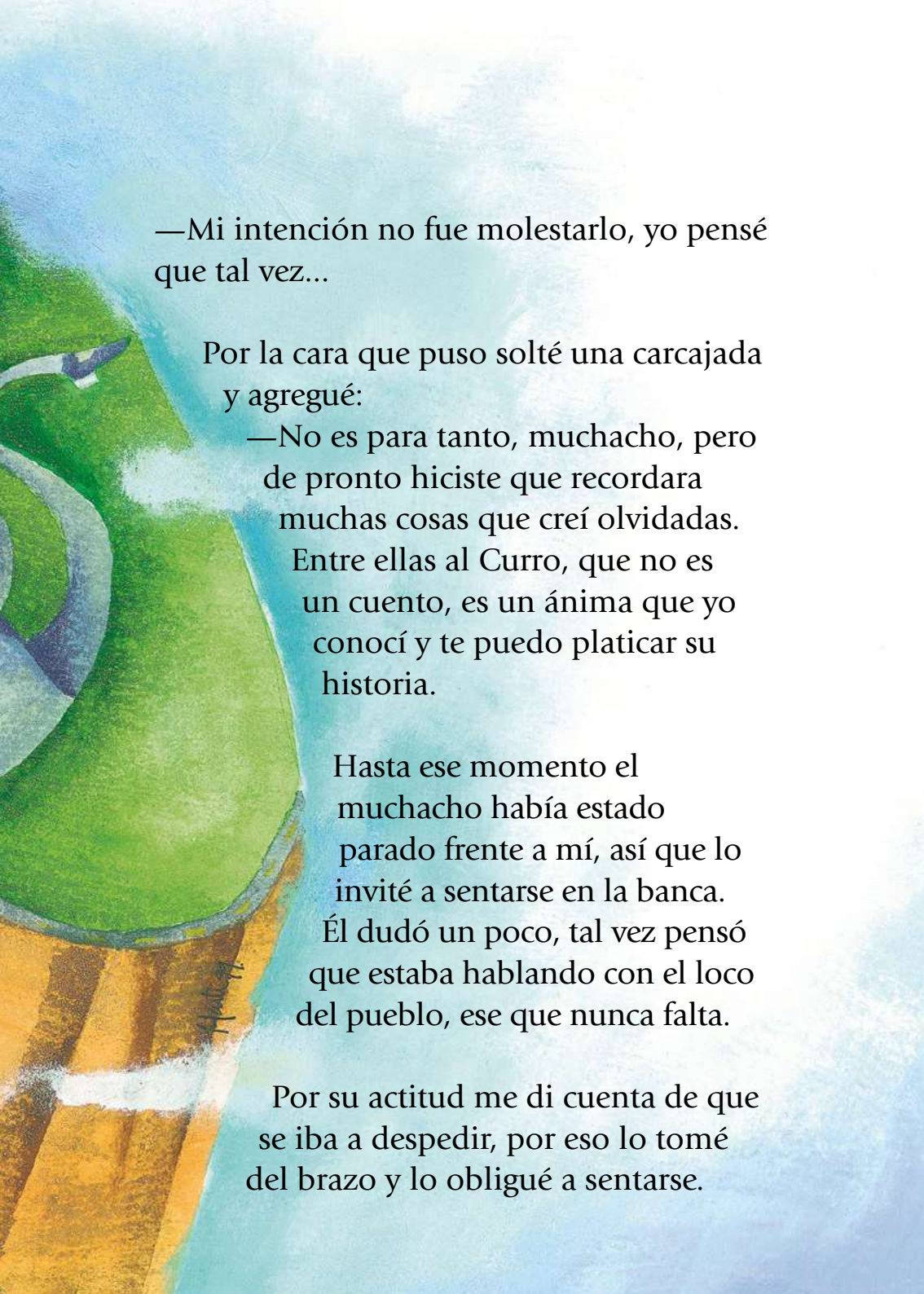
—dijo riéndose.



—Cuentos no, pero sí una historia real —le contesté muy serio.

El muchacho debe haber pensado que me molestó su pregunta, pues me dijo tartamudeando:





—Mi intención no fue molestarlo, yo pensé que tal vez...

Por la cara que puso solté una carcajada y agregué:

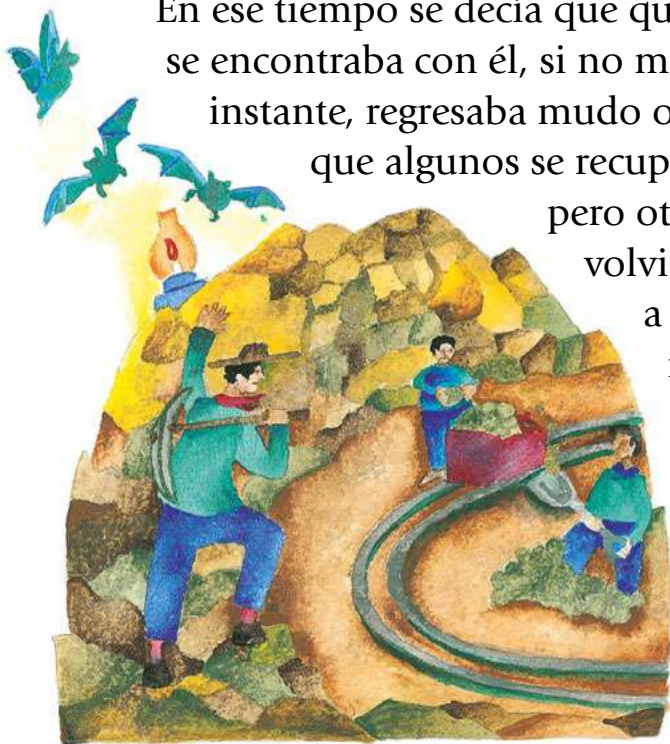
—No es para tanto, muchacho, pero de pronto hiciste que recordara muchas cosas que creí olvidadas. Entre ellas al Curro, que no es un cuento, es un ánima que yo conocí y te puedo platicar su historia.

Hasta ese momento el muchacho había estado parado frente a mí, así que lo invité a sentarse en la banca. Él dudó un poco, tal vez pensó que estaba hablando con el loco del pueblo, ese que nunca falta.

Por su actitud me di cuenta de que se iba a despedir, por eso lo tomé del brazo y lo obligué a sentarse.

Luego de un gran suspiro, inicié el relato:
—Llegué a este pueblo cuando era muy joven, más que tú. Necesitaba trabajar y en las minas abundaba el trabajo; contrataban a cualquiera que se presentara, porque las acababan de abrir después de mucho tiempo de estar abandonadas. Pero la gente de aquí no quería trabajar en ellas por miedo a los aparecidos y, en especial, al Curro.

En ese tiempo se decía que quien se encontraba con él, si no moría en el instante, regresaba mudo o medio loco; que algunos se recuperaron, pero otros nunca volvieron a ser los mismos, y nadie quería correr la misma suerte.



—La primera vez que oí hablar del Curro —continué—, yo también creí que era uno de esos cuentos que inventa la gente miedosa. Después comprobé en carne propia que todo lo que decían era verdad.

Me di cuenta de que la narración había despertado la curiosidad de Alfredo y que no se marcharía de ahí hasta conocer la historia completa. Así que seguí hablando: —Empecé trabajando como minero; era una labor muy difícil, pues tenía que picar la roca para sacar el mineral y después cargarlo del fondo de la mina a los carros que lo llevaban al exterior. Créeme, terminaba muerto de cansancio y casi nunca veía el sol; ya me sentía un topo.

Después de un tiempo supe que eso de ser minero no iba conmigo. Así que decidí irme. Estaba a punto de partir cuando me enteré de que el velador del último turno se había marchado del pueblo diciendo que nunca regresaría.

Rápidamente fui con el encargado y solicité el puesto. Yo creí que otros lo pedirían pues la paga era muy buena, pero no: enseguida me lo dieron. Comenzaría a trabajar el lunes siguiente.

Mi trabajo consistía en evitar que, valiéndose de la oscuridad, alguien se robara el mineral. Por eso tenía que realizar varios recorridos por la Línea Castilla.

El siguiente domingo, mis compañeros empezaron a secretear y a señalarme en cuanto me vieron.

—Y ahora, ¿qué se traen? —les pregunté. Como no queriendo, uno de ellos me dijo que debía estar loco para aceptar ese trabajo.



Muy seguro de que sus comentarios eran por envidia, me defendí diciendo que los locos eran ellos, pues yo ganaría más y trabajaría menos.





Claro que mi argumento no tuvo efecto, pues siguieron diciéndome: —Es tu problema, pero ese lugar es muy peligroso.

Por las noches bajan de la sierra pumas, lince y uno que otro oso, y si te encuentran desprevenido, te conviertes en su cena.

—¡Bah! Con algunos gritos o un disparo es fácil espantarlos; es más, no se acercan donde hay luz —agregué confiado y queriendo burlarme de su miedo.

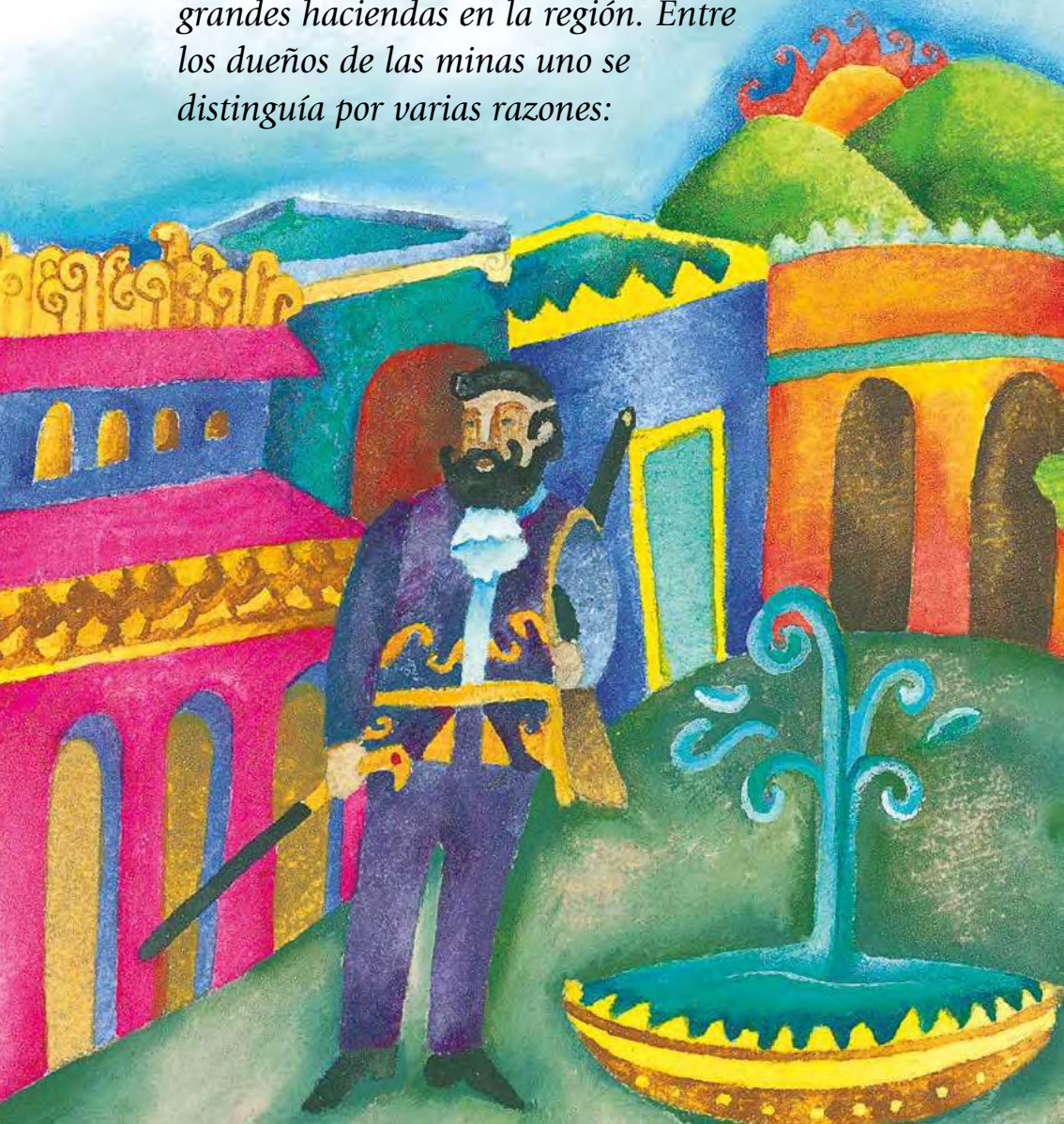
No puedo negar que me intrigó su actitud; si bien en ese tiempo este lugar estaba alejado de todo y en la sierra había muchos

animales, no era para tanto; pregunté cuál era la verdadera razón para decirme que no aceptara ese trabajo. No tuvieron más remedio que confesarme que, a pesar de trabajar en las minas, nunca lo harían de noche, porque en la Línea Castilla se aparecía un espíritu que debía ser espantoso, pues don Chelo, a quien todos llamaban el Silencioso, se lo había encontrado y de la impresión se quedó mudo, y un tal Juan, que una madrugada llegó diciendo que había visto al aparecido de las minas, se murió días después. Por último, me dijeron que tal vez el otro velador lo había visto y por eso salió huyendo. A mí seguían sin convencerme, no podía imaginar de dónde había salido aquel espíritu, por eso empezaron a contarme la historia del Curro desde el principio.

Uno de ellos inició diciéndome:

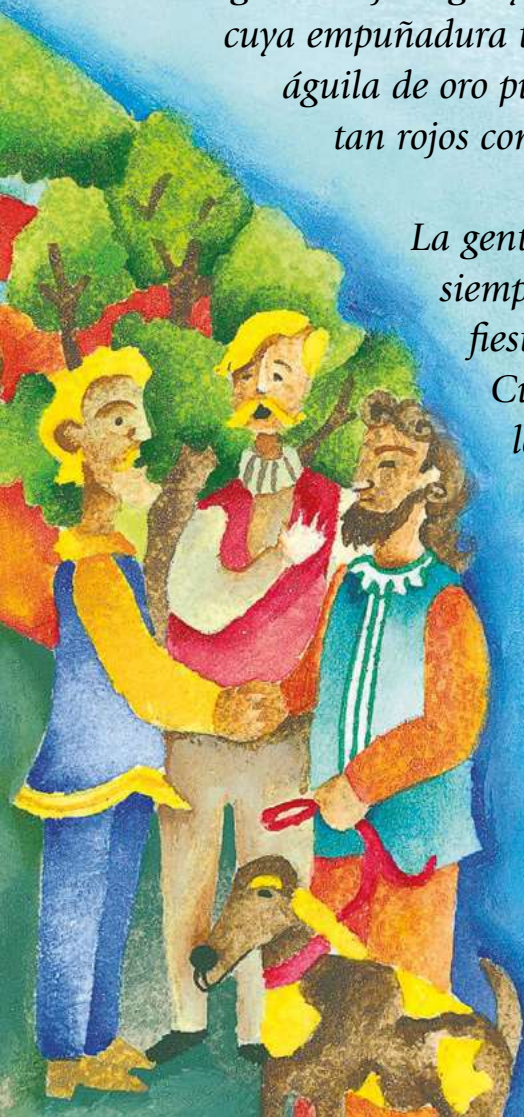
—*Mira, Manuel, las minas donde ahora trabajamos fueron cavadas durante la Colonia por los españoles. Todos ellos vivían en la*

riqueza a costa del trabajo de los mineros, que eran como sus esclavos; así construyeron grandes haciendas en la región. Entre los dueños de las minas uno se distinguía por varias razones:



era el más rico, tenía un genio de los mil demonios, era alto, delgado y bastante bien parecido; además, siempre vestía con un elegante traje negro y su inseparable bastón, cuya empuñadura tenía la cabeza de un águila de oro puro con ojos de rubíes, tan rojos como la sangre.

La gente decía que parecía estar siempre listo para irse a una fiesta, por eso le pusieron el Curro, cosa que al principio le disgustó, y con su bastón golpeó a más de uno cuando le llamaban así. Sin embargo, no logró evitar que siguieran utilizando ese apodo; hasta sus conocidos le decían Curro.



Con el tiempo él mismo empezó a presentarse como el Curro, y su nombre quedó en el olvido.

El Curro era codo para pagar a sus trabajadores, pero si alguno de sus vecinos hacía una fiesta, él organizaba otra mejor con la única intención de que los demás vieran que tenía mucho más dinero que sus vecinos. Todo mundo asistía: unos como invitados, otros eran contratados para preparar la comida y servir las mesas; era la única forma de recibir algo de él.

Había días en que amanecía de buenas y no les gritaba a sus trabajadores, pero aun así nadie se confiaba, pues el Curro era igual que el viento: en un instante podía cambiar. Entonces desquitaba su enojo con quien tuviera cerca; en esos momentos hasta sus perros se escondían. Por eso no tenía amigos, y a quienes intentaban serlo se ocupaba de alejarlos asegurando que se acercaban solo por interés.

Algunas veces, cuando sus vecinos tenían visitas de la capital, el Curro daba muestras de falsa amabilidad y les ofrecía una comida para la que utilizaba



una vajilla especial y cubiertos de oro. Después de comer los pasaba a su despacho para tomar una copa de vino o un café.

Ese lugar era muy especial, como quien dice era el cuarto de sus tesoros; en él se encontraban varios baúles llenos de monedas y barras de oro y plata; bueno, hasta las tazas y copas en las que servían la bebida eran de oro.

Con tal demostración, el Curro lograba su objetivo: que más gente se enterara de su riqueza, aumentando así la envidia que todos

le tenían. Esto lo puso en peligro, y más de una vez quisieron matarlo con la intención de robarle. Pero, para su fortuna, lo más que le pasaba era que perdiera el caballo o que tuviera que cambiar de sombrero. Algunos de sus trabajadores decían que una de dos: tenía nueve vidas como los gatos o había hecho pacto con el diablo.

Con el tiempo, la extracción de los minerales se complicó: al hacer más profundos los túneles se inundaban o se venían abajo. Debido a eso muchos españoles consideraron las minas agotadas y las abandonaron para regresar a España o irse a la capital.



El único que seguía aferrado a vivir en la región era el Curro, pues como él mismo decía, no tenía a nadie. Decidió cerrar sus minas y dedicarse a cuidar las tierras que rodeaban su hacienda y las cabezas de ganado que pastaban en ellas.

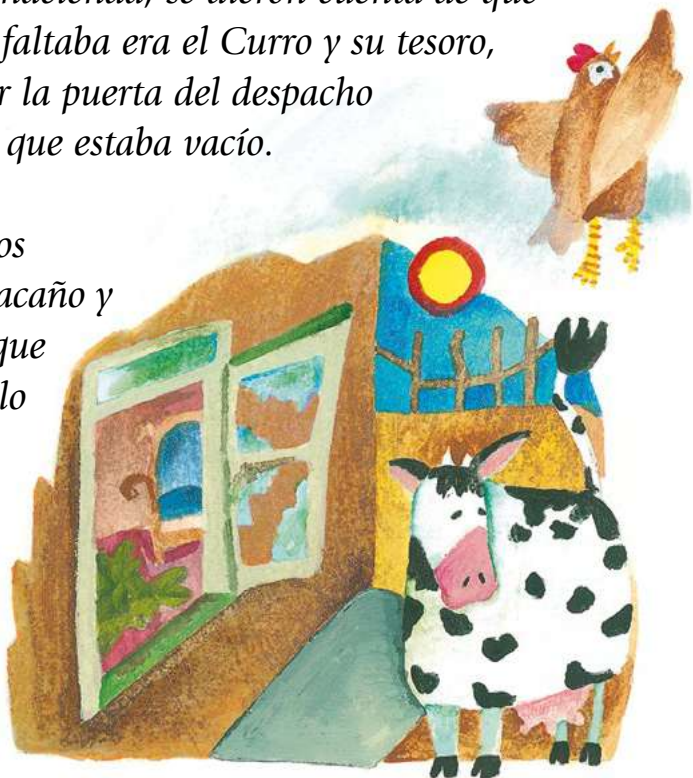


Sus trabajadores también se quedaron, pensando que no tenían otro lugar adonde ir y, además, seguir trabajando con el Curro no podía ser peor que pasar hambre, pero se equivocaron. Al no tener vecinos se le agrió más el carácter y se dedicó a hacerles la vida imposible.

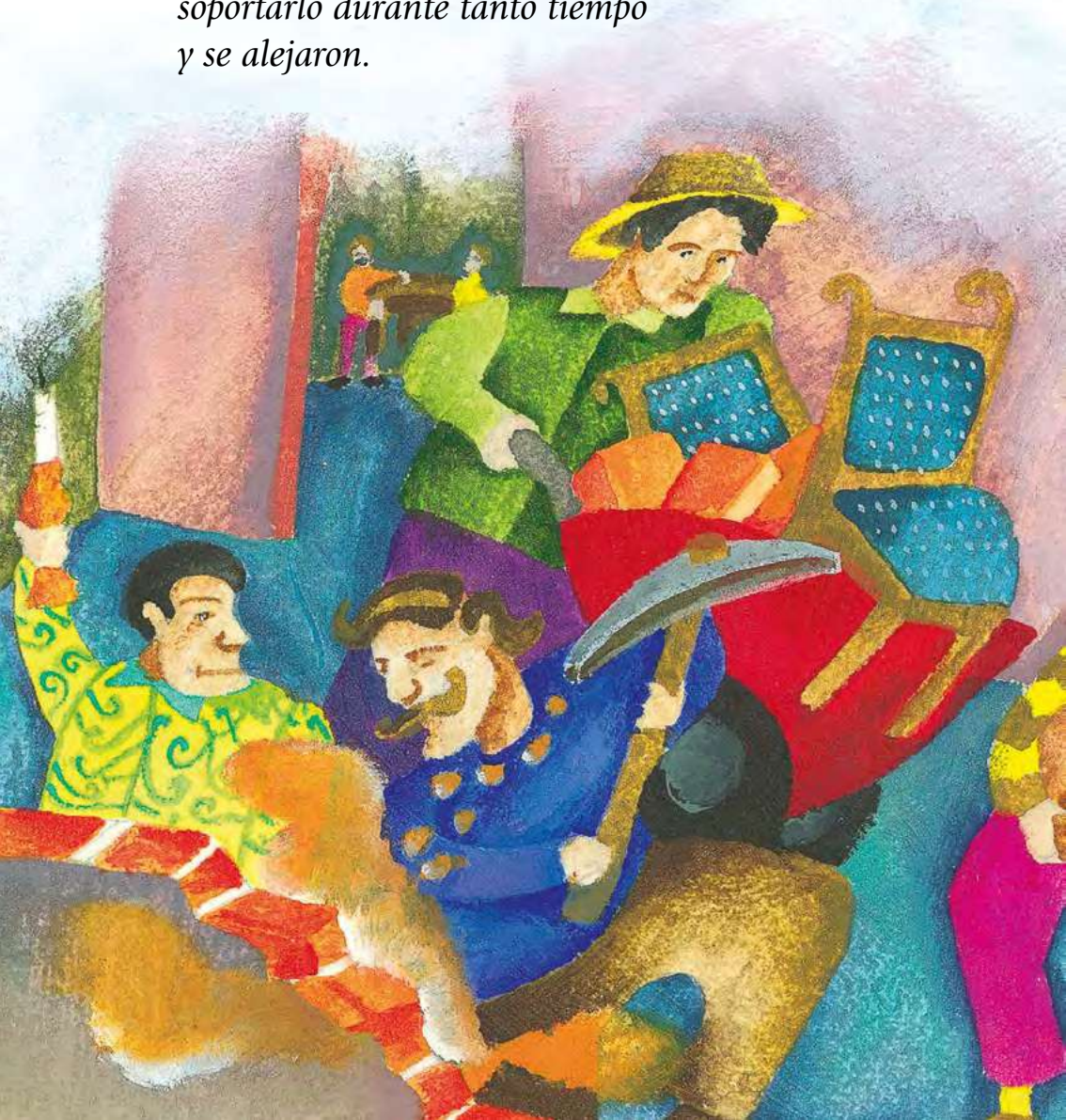
Como prefería estar solo, con frecuencia daba largos paseos a caballo. Cierta día, en un ataque de furia, despidió a sus trabajadores, nada extraño en él: los corría y después de una semana, cuando se le pasaba el berrinche, se paseaba cerca de sus casas y al primero que encontraba le decía que podían volver a trabajar, pero aquella vez no fue así. Pasaron más de cuatro semanas sin que se dejara ver por ningún lado, así que varios hombres decidieron ir a la casa del Curro a ver qué pasaba, más por curiosidad que por preocupación. Para su sorpresa, no había señas del Curro por ningún lado. Algo había ocurrido, pues en el patio andaban las gallinas y los perros, que se alegraron al ver gente de

nuevo; la casa tenía ventanas y puertas abiertas con algunos vidrios rotos y su interior estaba lleno de hojas secas. Los muebles tenían una capa de polvo y en los potreros casi todos los caballos habían escapado, las vacas andaban desperdigadas por el llano y ahí descubrieron a su caballo preferido con todo y silla. Después de revisar la hacienda, se dieron cuenta de que lo único que faltaba era el Curro y su tesoro, pues al forzar la puerta del despacho descubrieron que estaba vacío.

Sus empleados conocían lo tacaño y desconfiado que era el Curro; lo último que hubiera hecho era abandonar su casa, por ello, lo dieron por muerto.



*Se repartieron lo que había de valor dentro
y fuera de la hacienda, como pago por
soportarlo durante tanto tiempo
y se alejaron.*



No faltaron quienes imaginaron tesoros ocultos y, movidos por la codicia, regresaron a la hacienda con la idea de encontrarlos; escarbaron en patios y caballerizas, tiraron paredes y techos, pero ni un centavo hallaron.

Pasó el tiempo, algunos continuaron buscando con la esperanza de encontrar sus riquezas, mas empezó a ocurrir algo que terminó por alejarlos.

Quienes eran sorprendidos por la noche en la hacienda, en la Línea Castilla o a la orilla del arroyo, contaban una historia parecida: "de pronto todo quedó en completo silencio y se desató un viento helado; al mismo tiempo apareció un hombre



alto y vestido de negro que con su sola presencia nos atemorizó, después nos hizo señas como para que lo siguiéramos, pero todos huimos asustados y prometimos no regresar”.

En el pueblo empezó a correr el rumor de que un ánima se aparecía por el rumbo de las minas. La gente afirmaba que se trataba del Curro, surgieron muchas historias sobre él y el misterio creció.



La mayoría se alejó del lugar: si vivo tenía mal genio, muerto sería insoportable; algunos no lo creyeron, y sintiéndose muy valientes se aventuraron por las noches y regresaron tan blancos del susto que pasaban

varios días antes de que recuperaran el color y el habla, si los recuperaban.

Debido al miedo, incluso de día las minas quedaron desiertas durante muchos años, hasta que a principios de siglo unos gringos las compraron y las abrieron nuevamente.

Así terminó el relato de mis compañeros. Aunque la historia del Curro me interesó, no creí que tuviera nada que ver conmigo. Eso había pasado hace muchos años y los cuentos de un supuesto aparecido, por muy malo que fuera en vida, no me harían perder la oportunidad de un buen trabajo. Así que les aseguré que esas eran historias espantatarugos y yo no era ningún tarugo, y agregué que del miedo se valían los rateros para espantar a los veladores y robar sin prisas.

Ellos insistieron y me dijeron que ojalá me mostrara tan valiente cuando tuviera enfrente al Curro. Que me cuidara si en

alguna de mis rondas me encontraba con un hombre que llevara un bastón con la empuñadura en forma de una cabeza de águila. Con voz temblorosa agregaron que si lo veía corriera lo más rápido posible, que no intentara averiguar quién era o me podía pesar.

Aquellos cuentos me sugestionaron un poco; además, como nunca había estado solo en la sierra, las primeras noches se me hicieron interminables.

Cuando el viento soplaba, casi juraba que alguien chiflaba en el monte. Por estos rumbos hay un pájaro que anida en el piso y cuando duerme hace *psss, psss*. La primera vez que lo escuché creí que alguno de mis compañeros malos se estaba



burlando de mí, pero cuando
la gente de aquí me platicó
sobre el ave, me moría de la risa.



July 21



Con el tiempo
me olvidé de las
historias que me
habían contado;
además, me fui
acostumbrando
a reconocer
los sonidos
de la sierra
y dejaron de
sorprenderme.

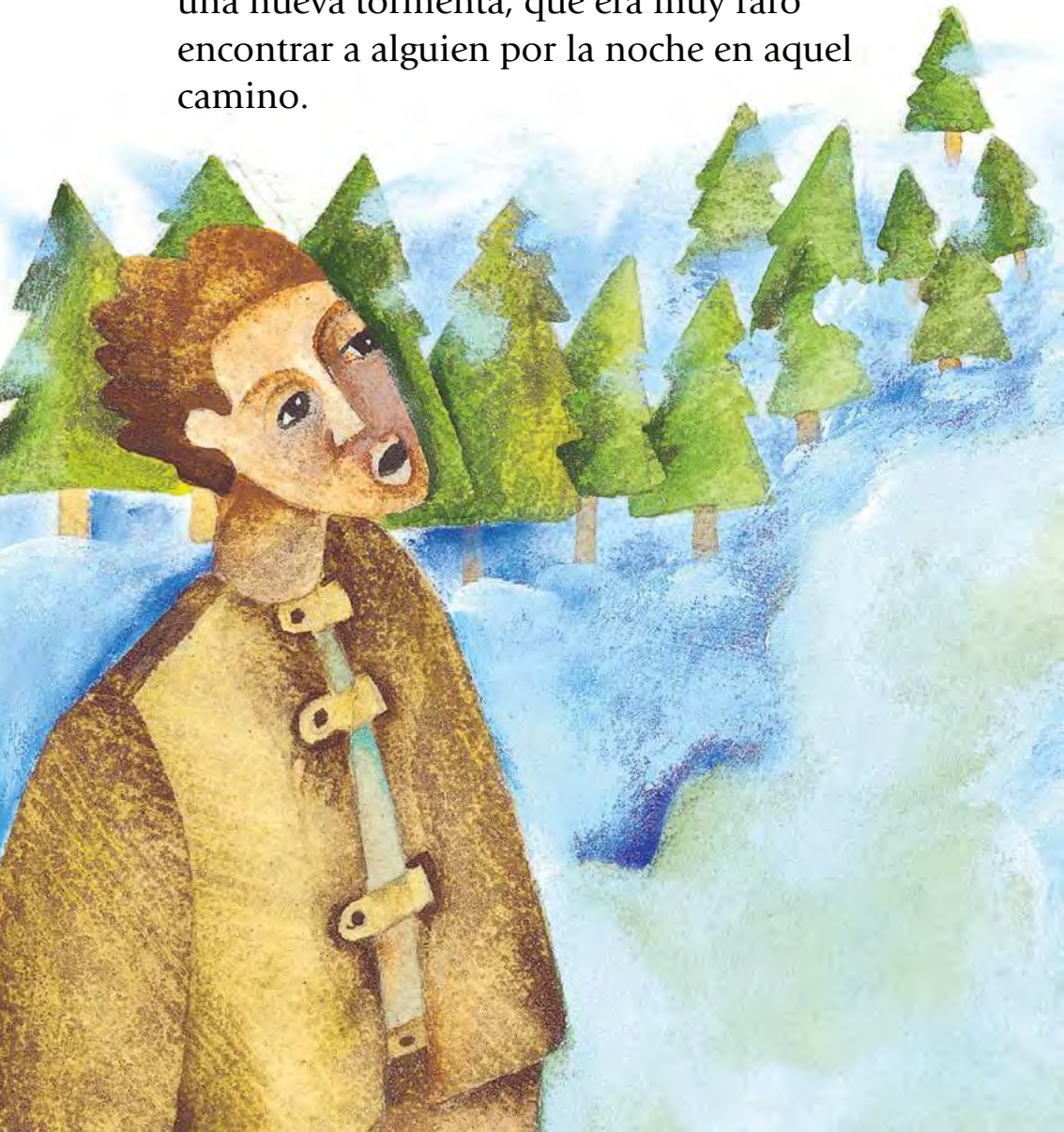
Sin querer me convertí en la única persona que recorría la Línea Castilla, solo y por las noches. Hasta una madrugada de diciembre en que se desató la peor tormenta que he visto en toda mi vida. El frío calaba hasta los huesos y la nieve me cubría arriba de las rodillas. Al realizar mi última ronda, cuando llegué al lugar en donde empieza la bajada a la Mina Vieja, ocurrió lo siguiente:

Con mi lámpara de petróleo me alumbraba para reconocer en los árboles alguna señal y encontrar el camino, pues se perdía bajo

la nieve, lo que me obligó a andar muy despacio. Me distraje al voltear a ver un búho que salió volando, y cuando volví a mirar enfrente distinguí a lo lejos un bulto negro que se movía por el camino; me asusté un poco, así que alisté mi rifle, no fuera la de malas. Por la forma que tenía pensé que era un oso.

Conforme fui acercándome pude comprobar que se trataba de un hombre, y aunque esto hubiera calmado a cualquiera, a mí no me cayó nada bien, pues en todo el tiempo que tenía trabajando como velador no me había encontrado a nadie; bueno, alguna vez en el día, pero de noche jamás. Cuando estuve cerca de él, inexplicablemente todo quedó en silencio y el viento se hizo aún más helado. Seguí caminando y, haciendo de tripas corazón, lo saludé. Él me contestó y me hizo la plática; en poco tiempo entramos en confianza.

Comentamos que era el peor de los inviernos, que las nubes anunciaban una nueva tormenta, que era muy raro encontrar a alguien por la noche en aquel camino.



Después de un rato, sin darme cuenta iba siguiendo sus pasos. El camino se hizo cada vez más fácil, curiosamente ya no había tanta nieve en el suelo. De pronto supe que aquel camino no era el de la Mina Vieja, ni el de otro lugar que conociera. El hombre se adelantó un poco, lo iba a llamar cuando noté que se apoyaba en un bastón y que el mango brillaba; en un segundo recordé las historias que me habían contado, ¿aquel hombre sería el aparecido del que tanto hablaban? De solo pensarlo, la carne se me puso de gallina, del susto sentí que el aire me faltaba.



En ese momento vi claramente que la empuñadura de su bastón tenía la forma de una cabeza de águila.

El hombre volteó y creo que me vio tan descolorido que me preguntó:
—¿Qué le pasa, amigo? Está muy pálido.

Moví la cabeza, pues de la impresión no pude hablar, sentí que las piernas me temblaban, se me iban a doblar las rodillas, entonces me tomó del brazo y dijo:
—Se siente mal, ¿verdad? Conozco un lugar donde puede sentarse a descansar. Debe ser el frío, recárguese en mí.

Frío el que sentí cuando me agarró del brazo: estaba más helado que un muerto.

Me llevó a una cueva cuya entrada estaba muy bien disimulada por una gran roca; entramos y me ayudó a sentarme en una piedra. Por una extraña razón dejó de sentirse frío y el lugar estaba iluminado.

Se acomodó frente a mí, me miró un rato y preguntó:

—¿Cómo se llama, amigo?

—Manuel

Cano,

señor, para servir a Dios

y a usted.



Alargó el brazo hacia mí y apretó fuerte mi mano mientras me decía:

—Mucho gusto, yo soy el Curro.

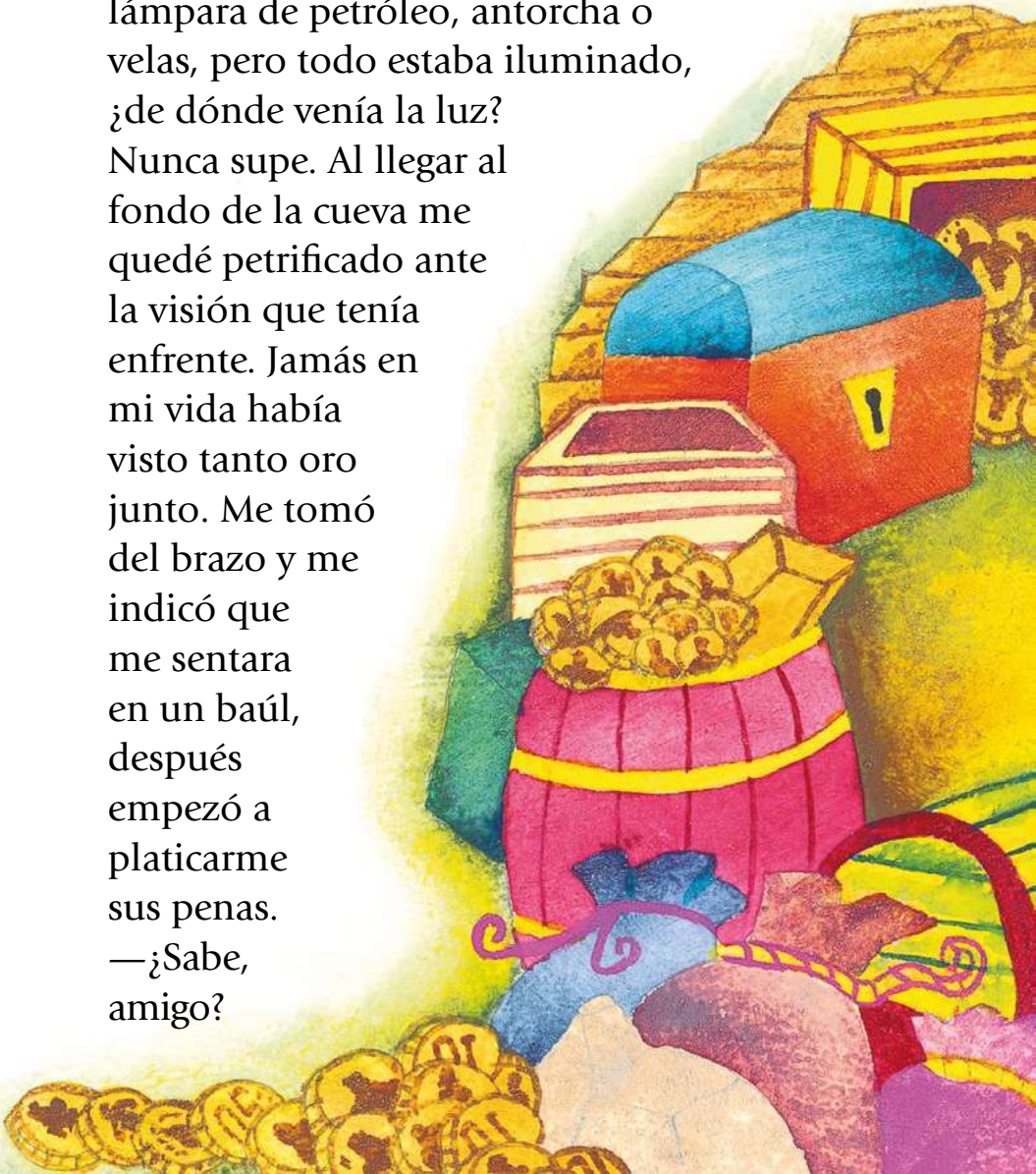
—El Curro —repetí tartamudeando.

—El mismo. ¿A poco no le han hablado de mí?

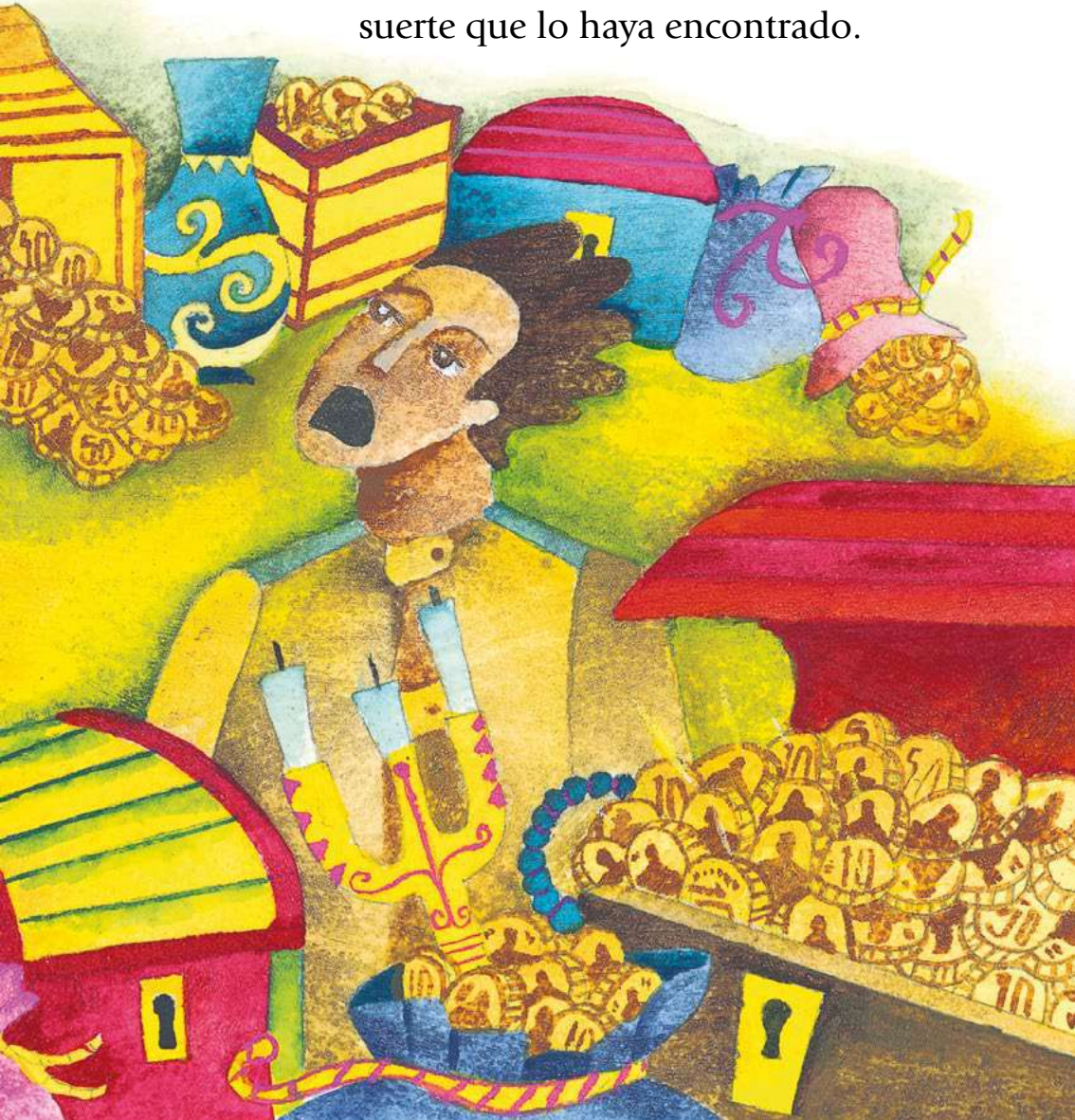
—Pues sí, pero ya sabe cómo es la gente de exagerada —le contesté a modo de disculpa; qué tal si se enojaba.

—Lo que le dijeron no se compara con lo mal que traté a la gente que me rodeaba. Pero todo se paga —agregó con amargura. Después me pidió que lo siguiera.

Y pues ¿qué hacía?, caminé tras él. No recuerdo que hubiera alguna lámpara de petróleo, antorcha o velas, pero todo estaba iluminado, ¿de dónde venía la luz? Nunca supe. Al llegar al fondo de la cueva me quedé petrificado ante la visión que tenía enfrente. Jamás en mi vida había visto tanto oro junto. Me tomó del brazo y me indicó que me sentara en un baúl, después empezó a platicarme sus penas. —¿Sabe, amigo?



Nadie después de mí había entrado a esta cueva; en varias ocasiones les pedí a otros que me siguieran y nadie lo hizo; es una suerte que lo haya encontrado.



Como se habrá dado cuenta no es fácil dar con este sitio. Yo lo descubrí hace mucho tiempo. Ese día se me ocurrió que era un buen lugar para guardar mis tesoros, por eso cada vez que salía a cabalgar sacaba conmigo un pequeño costal con monedas y venía aquí a guardarlo.

La desconfianza, mala consejera, me hizo imaginar que mis trabajadores sospechaban algo, es más, que quizá me seguían, así que cambié de planes.

Un día fingí un enojo y los corrí a todos para quedarme solo en la hacienda. Guardé mi oro en costales de cuero y me ayudé de varias mulas; en cuatro días ya había trasladado el tesoro completo. Volví a mi casa, cerré mi despacho con candado y regresé a sentarme justo aquí —terminó su relato el Curro.

—¿Y qué sucedió?, ¿por qué no regresó a su casa? —le pregunté.

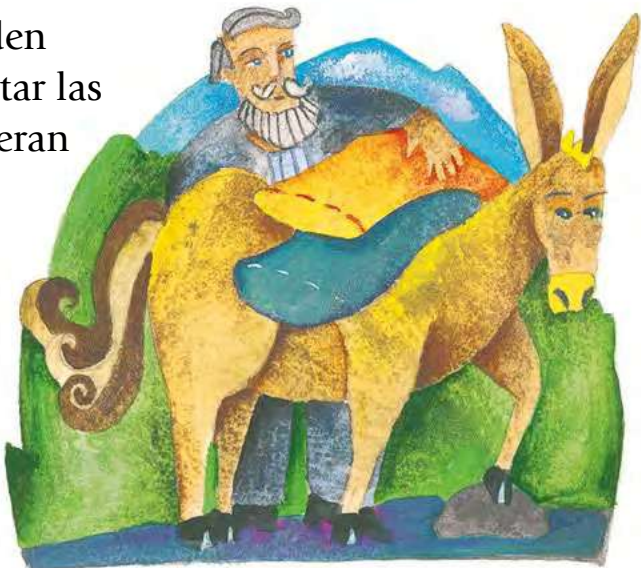
Todavía no sé cómo pude mantenerme sentado escuchando a aquel hombre o espíritu; es más, cómo es que me animé a interrogarlo, olvidando que hablaba con un muerto.

—Mi avaricia fue la culpable —dijo, y me indicó que lo siguiera.

Después me pidió que me acercara a un montón de monedas que se encontraba en el piso y dijo:

—Quítelas.

Obedecí su orden y empecé a quitar las monedas, que eran muchas. Para mi sorpresa, debajo de ellas había unos huesos. Con la impresión hasta caí de espaldas.



No era para menos, nunca en mi vida había visto restos humanos.



—¿Qué es eso? —grité ante semejante hallazgo.

Muy tranquilo me contestó:

—Son mis huesos. Ese último día, cuando me disponía a regresar a mi casa, tropecé, y para no caer quise detenerme de unos costales, pero estaban mal acomodados y me cayeron encima. Así terminó mi vida.

Todo quedó en silencio, solo escuchaba los latidos de mi corazón.

El Curro dio un gran suspiro y agregó:

—Después de tantos años, usted es el único que ha llegado hasta este lugar. Ahora que conoce mi historia quiero que me haga un gran favor; por supuesto tendrá su recompensa.

Ante la sola idea de lo que se le podía ocurrir a ese aparecido, sentí un



vacío en el estómago, no tenía otra que averiguar qué quería.

—¿En qué consiste el favor? —lo interrogué.
—Es algo muy sencillo: primero tiene que sacar mis restos de aquí, darles sepultura en el panteón y entregar una limosna a la iglesia para que por fin descanse mi alma —me dijo muy serio—. A cambio, todo lo que hay en la cueva será suyo.

—¿Así de fácil? ¿Y cómo voy a encontrar el camino de regreso después de enterrar sus huesos? —le pregunté desconfiado.

—Si acepta, lo espero en el mismo lugar donde lo encontré hoy; grite mi nombre y lo



traeré aquí de nuevo, después no olvidará el camino —me dijo.

No puedo negar que en ese momento los ojos me brillaron, ¡sería rico!

Traté de contestar lo más rápido que pude y, sin quitar la mirada de lo que sería mío, acepté.

—Entonces, trato hecho —escuché a mis espaldas.

Cuando volteé, el Curro ya no estaba ahí. Sin pensarlo mucho, en cuanto desapareció empecé a guardar monedas en todas las bolsas que tenía y en un costal; después junté los huesos en otro. Al terminar me colgué en el hombro los dos costales; pero, al acercarme a la salida, el costal con los huesos me pesaba más a cada paso que daba. En alguna ocasión había escuchado que los muertos pesan mucho, pero la verdad nunca me imaginé que fuera para tanto.

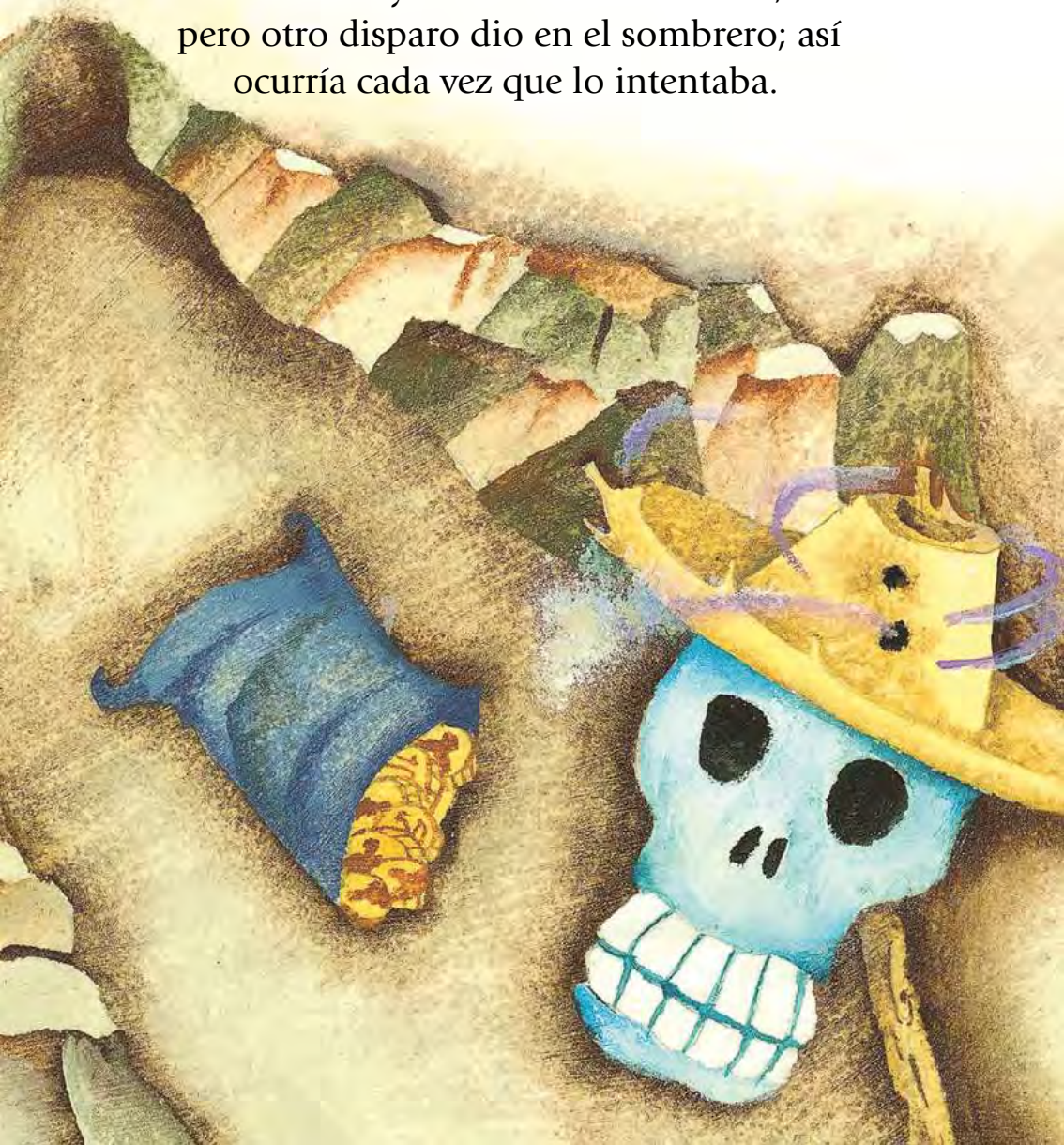
Empecé a tirar monedas en el camino para ver si así aminoraba la carga, pero el resultado fue el mismo.

Me senté en el suelo y como los huesos eran lo que pesaba más, decidí dejarlos escondidos y seguir solamente con las monedas. Podía poner algunas marcas en el camino y regresar con una mula para cargarlos, ¿quién se daría cuenta?

Al llegar a la entrada de la cueva vi algo extraño: un palo que sostenía una calavera con sombrero de paja. Esto no tendría importancia si no fuera porque, al tratar de salir, sonó un disparo y el sombrero giró sobre la calavera.



A toda prisa me escondí tras una piedra.
Pasó un rato y traté de salir de nuevo,
pero otro disparo dio en el sombrero; así
ocurría cada vez que lo intentaba.





Ya sentía pánico,
pensé que me
quedaría ahí
para siempre.
Entonces
aventé el
costal con
monedas,
y regresé
corriendo
en busca

del que tenía los huesos. Me costó
un poco de trabajo encontrarlo, pues
ahora todo estaba en tinieblas. Cuando
por fin lo hallé, me dirigí a la entrada,
y sería por el miedo, pero ya no pesaban.
Luego fui acercándome despacio reteniendo
el resuello, cerré los ojos, empecé a salir
y ¡sorpresa!, no pasó nada; abrí los ojos y
me eché a correr; a partir de ese momento
se borraron mis recuerdos.

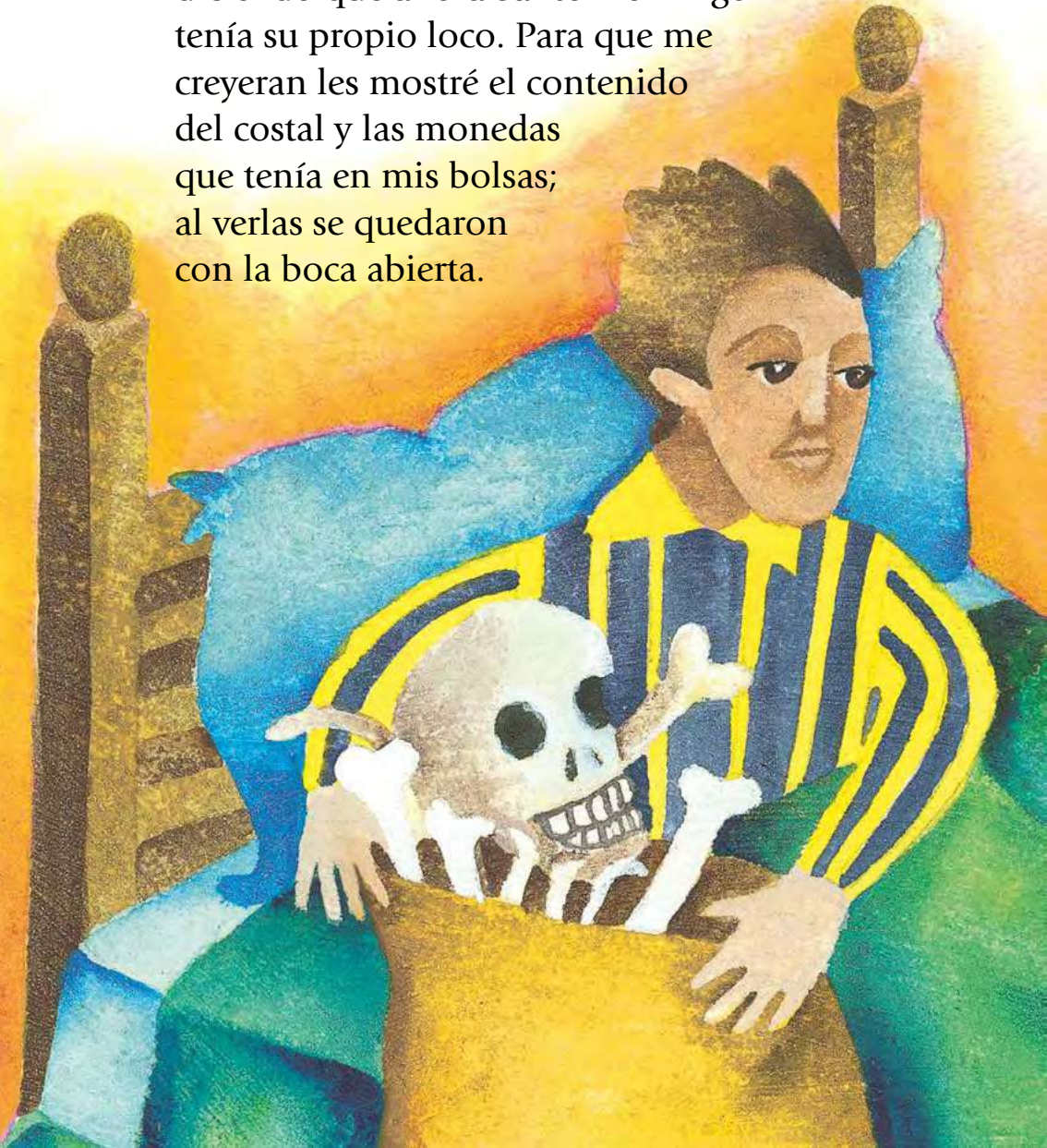
La gente de la compañía minera,
preocupada por mi desaparición, mandó

a dos hombres a caballo para buscarme en la sierra; al tercer día me encontraron casi congelado abrazando un viejo costal de cuero que no pudieron quitarme por más que lo jalaron; primero pensaron que estaba entumido de frío y por eso no lo soltaba, pero después, ya en mi casa, en cuanto me dormí intentaron nuevamente quitarme el costal para que el médico me revisara, pero dicen que empecé a dar tales gritos que mejor lo dejaron entre mis brazos.

Los primeros días tuve temperatura y en mi delirio gritaba: que si los huesos, que la mina, que cumpliría, que me perdonara; luego enmudecí. Mis amigos supusieron que había visto al Curro y que del susto había perdido la razón, pero decían que sobre advertencia no hay engaño.

Para sorpresa de todos, milagrosamente me recuperé; entonces les platiqué mi aventura, pero, como era de esperarse, no creyeron que estuve con el Curro y que, además, me

había ofrecido su tesoro. Todos se rieron diciendo que ahora Santo Domingo tenía su propio loco. Para que me creyeran les mostré el contenido del costal y las monedas que tenía en mis bolsas; al verlas se quedaron con la boca abierta.



En cuanto pude fui al panteón, enterré los restos del Curro, di la limosna y mandé decir una misa. Con las monedas que llevaba en mis bolsas y las que encontré junto a los huesos fue suficiente para que pusiera una tienda, así que abandoné mi oficio de velador y, lo más importante, me alejé para siempre de las minas.

Cuando terminé mi relato, aquel muchacho estaba intrigado y me preguntó si había regresado por el tesoro, a lo que contesté con una gran carcajada: —¡Cómo crees, muchacho! Ni loco que estuviera, de esos sustos con uno en la vida basta.



Tú me caes bien y como yo cumplí mi parte del trato, si quieres te puedo decir el lugar donde tienes que llamar al Curro; estoy seguro que sabrá que te envió y te llevará en mi lugar a la cueva. ¿Te arriesgas?

Contestó que lo pensaría y después de indicarle cómo llegar a las minas se despidió. Creo que aún lo sigue pensando pues no regresó. Hay quienes aseguran que el Curro se sigue apareciendo en busca de otro afortunado para entregarle su tesoro. Yo no les creo.



Versión digital, octubre de 2022.



GOBIERNO DE
MÉXICO

EDUCACIÓN
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

CONAFE
Consejo Nacional de Fomento Educativo

Tierra de Tesoros

DISTRIBUCIÓN GRATUITA / PROHIBIDA SU VENTA

"Este programa es público, ajeno a cualquier partido político.
Queda prohibido el uso para fines distintos a los establecidos en el programa".